
Los Enterradores

Rudyard Kipling

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6268

Título: Los Enterradores

Autor: Rudyard Kipling

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 25 de diciembre de 2020

Fecha de modificación: 25 de diciembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los Enterradores

Quien le llame al chacal "hermano mío"
y comparta su comida con la hiena,
es como el que pacta tregua con Jacala,
vientre que en cuatro patas corre.

Ley de la selva.

—¡Respeto para los ancianos!

Era una voz pastosa... una voz fangosa que os hubiera hecho estremecer... una voz como de algo blando que se parte en dos pedazos. Había en ella un quiebro, algo que la hacía participar del graznido y del lamento.

—¡Respeto para los ancianos, compañeros del río!... ¡Respeto para los ancianos!

Nada podía verse en toda la anchura del río, excepto una flotilla de gabarras, de velas cuadradas y clavijas de madera, cargadas de piedras para construcciones, que acababa de llegar bajo el puente del ferrocarril siguiendo corriente abajo. Hicieron que se movieran los toscos timones para evitar el banco de arena que el agua había formado al rozar en los estribos del puente, y mientras pasaban de tres en fondo, la horrible voz empezó de nuevo:

—¡Brahmanes del río, respetad a los ancianos y achacosos!

Volvióse uno de los barqueros, sentado en la regala de uno de los barcos, levantó la mano, dijo algo que no era precisamente una bendición y los botes siguieron adelante, crujiendo, iluminados por la luna. El ancho río indio, que parecía más bien una cadena de pequeños lagos que una corriente continua, era terso como el cristal y reflejaba el cielo de color de arena roja en el centro, pero se veía salpicado de manchas amarillentas y de un color de púrpura oscuro cerca de las orillas bajas y tocando con

ellas. Se formaban caletas en el río, en la estación lluviosa; pero ahora sus secas bocas quedaban por encima de la superficie del agua. Sobre la orilla izquierda y casi bajo el puente del ferrocarril, había una aldea edificada con fango y ladrillos, con bálago y palos, cuya calle principal, llena de ganado que volvía a sus establos, corría en línea recta hacia el río y terminaba con una especie de tosco desembarcadero de ladrillo, en el que la gente que quería lavar podía meterse en el agua paso a paso. Este lugar se llamaba el Ghaut de la aldea de Mugger—Ghaut.

Caía rápidamente la noche sobre los campos de lentejas, arroz y algodón, en las tierras bajas inundadas cada año por el río; sobre los cañaverales que bordeaban el vértice del recodo que aquél formaba y sobre la enmarañada maleza que crecía en las tierras de pastos, detrás de las quietas cañas. Los papagayos y los cuervos, que habían estado charlando y chillando al beber por la tarde, habían volado ya tierra adentro para ir a dormir, cruzándose con los batallones de murciélagos que entonces salían; y nubes de aves acuáticas venían chirriando a buscar abrigo en los cañaverales. Había gansos de cabeza en forma de barril y de negro lomo; cercetas, patos silbadores, lavancos, tadornas, chorlitos, y aquí y allá un flamenco.

Cerrando la marcha podía verse una grulla de las llamadas ayudantes que volaba como si cada aletazo fuera a ser el último

—¡Respeto para los ancianos! ¡Brahmanes del río. .. respetad a los ancianos!

La grulla volvió a medias la cabeza, desvióse un poco en dirección hacia la voz, y tomó tierra muy tiesa en el banco de arena que había debajo del puente. Entonces pudo verse bien su aire brutal y rufianesco. Por detrás parecía enormemente respetable, pues su estatura era de casi dos metros, y se parecía mucho a un correctísimo pastor protestante de gran calva. Por delante era distinto, porque su cabeza a lo Ally Sloper y su cuello no tenían una sola pluma, y en su mismo cuello, bajo la barbilla tenía una horrible bolsa de desnuda piel.. . y allí iba a parar cuanto robaba con su afilado y largo pico. Sus patas eran largas, flacas y descarnadas, pero las movía con mucha suavidad y las contemplaba con orgullo cuando se alisaba las plumas de la cola, mirando de soslayo por encima de su hombro y cuadrándose luego como si le dijeran: ¡firmes!

Un chacal pequeño y sarnoso que había estado ladrando de hambre en

una hondonada, levantó las orejas y la cola y corrió al encuentro de la grulla.

Era el ser más bajo de su casta —sin que quiera decir esto que haya mucho de bueno en los chacales; pero en éste era algo muy particular la bajeza, pues era la mitad mendigo y la otra mitad criminal—; se dedicaba a limpiar los montones de basura de la aldea, exageradamente tímido o salvajemente fiero, con hambre perpetua y lleno de astucia que nunca le sirvió para nada.

—¡Uf! —dijo, sacudiéndose lastimeramente al pararse—. ¡Que la sarna se coma a los perros de esta aldea! He recibido tres mordiscos por cada pulga que traigo encima, y todo porque miré (tan sólo miré, fijáos bien), un zapato viejo que había en un corral de vacas.

¿Tengo que alimentarme de barro? —Y se rascó bajo la oreja izquierda.

—Yo oí —dijo la grulla con una voz que sonaba como sierra embotada pasando al través de gruesa tabla—, oí decir que había un perrillo recién nacido dentro del zapato.

—Del dicho al hecho, hay gran trecho —respondió el chacal, que sabía muchos proverbios que había aprendido escuchando a los hombres sentados alrededor de las fogatas, al caer la tarde.

—Así es. Por tanto, para estar segura de la verdad, tomé bajo mí cuidado a ese cachorro mientras los perros andaban ocupados en otro lado.

—Estaban muy ocupados —dijo el chacal—. Bueno, no debo ir de caza a la aldea, por las sobras, durante algún tiempo. ¿De veras había un perrillo ciego dentro de aquel zapato?

—Aquí está —respondió la grulla mirando por encima del pico a su gran bolsa, que estaba llena—. Poca cosa, pero muy aceptable en estos tiempos en que la caridad ha muerto en este mundo.

—¡Ay! El mundo es duro como el hierro en estos tiempos —gimió el chacal. En ese momento sus inquietos ojos notaron una levísima ondulación en el agua, y prosiguió rápidamente—: Dura es la vida para todos nosotros, y no dudo de que, aun nuestro excelente amo, el Orgullo del Ghaut, la Envidia del río...

—Del mismo huevo salieron al mismo tiempo un embustero, un adulator y un chacal —dijo la grulla sin dirigirse a nadie en particular, porque ella también es una grandísima embustera, cuando quiere tomarse la molestia de serlo.

—Sí, la Envidia del río —repitió el chacal elevando la voz—. No dudo que hasta él opina que desde que construyeron el puente, la comida es más escasa. Pero, por otra parte, y aunque de ninguna manera quisiera yo decir esto en su propia y noble cara, es tan sabio y tan virtuoso.., como ¡ay!, tengo yo poco de esas cosas...

—Cuando el chacal reconoce que es gris, ¡cuán negro debe ser! —murmuró la grulla. No preveía entonces lo que iba a suceder.

—Que no le falte nunca comida, y, en consecuencia..

Oyóse un ruido suave, de algo que rozaba, como si un bote acabara de encallar en un bajío. Rápidamente volvióse en redondo el chacal y se encaró (siempre es mejor encararse) con la criatura de la cual había estado hablando. Era un cocodrilo de más de siete metros de largo, encerrado en lo que parecía una plancha de caldera de triples remaches, claveteada y carenada, mostrando como adorno un crestón; las amarillas puntas de sus dientes superiores colgaban desde la mandíbula superior, pasando sobre la inferior, terminada bellamente en un pico de flauta. Era el achatado Mugger (bocón), de la aldea de Mugger—Ghaut, más viejo que ninguno de los hombres de la aldea, que había dado su nombre al lugar; era como demonio en la parte vadeable del río antes de que se construyera el puente del ferrocarril: era un asesino, un devorador de carne humana y un fetiche local, todo en una pieza. Se quedó tendido, con la barba en la orilla, y se mantenía así mediante una casi invisible ondulación de la cola, y bien sabía el chacal que un solo golpe de esa cola, dado en el agua, bastaría para elevar al Mugger por la vera con la velocidad de una máquina de vapor.

—¡Un encuentro de buenos auspicios, protector de los pobres! —dijo adulonamente, retrocediendo un poco a cada palabra—. Oímos una voz deleitosa y nos acercamos con la esperanza de charlar amablemente. Mi desmedida presunción me indujo, mientras esperábamos aquí, a hablar de usted. Espero que nada se habrá entreoído.

Ahora bien: el chacal había hablado precisamente para que lo oyeran, porque sabía que la adulación era el mejor medio de procurarse comida; y el Mugger sabía que sólo con tal fin había hablado el chacal; y el chacal sabía que el Mugger no ignoraba esto; y el Mugger sabía que el chacal sabía que aquél lo sabía; y así, todos se quedaban tan contentos.

El viejísimo animal avanzó, jadeando y gruñendo, sobre la orilla, farfullando:

—¡Respeto para los viejos y achacosos!

Y durante todo este tiempo sus ojillos brillaban como brasas, bajo los pesados y córneos párpados, encima de su triangular cabeza, mientras arrastraba el cuerpo, hinchado como un barril entre sus ganchudas patas. Luego se detuvo, y acostumbrado y todo como estaba el chacal a sus maneras, no pudo menos de estremecerse, por centésima vez, cuando vio cuán exactamente imitaba el Mugger a un leño arrojado en la margen del río.

Aun había tomado el cuidado de tenderse en el ángulo exacto en que, al encallar, formaría un madero, teniendo en cuenta cómo era la corriente en aquella época y lugar.

Todo eso, por supuesto, no era sino cuestión de hábito, porque el Mugger había venido a tierra únicamente por gusto; pero un cocodrilo nunca se siente harto, y si el chacal hubiera sido engañado por lo que parecía, no hubiera vivido lo suficiente para filosofar sobre ello.

—Hijo mío, no oí nada —dijo el Mugger, cerrando un ojo—. Tenía agua en mis oídos y me sentía desfallecido por el hambre. Desde que construyeron el puente del ferrocarril, la gente de mi aldea ha dejado de quererme, y esto me traspasa el corazón de dolor.

—¡Qué vergüenza! —dijo el chacal—. ¡Un corazón tan noble como el de usted! Pero todos los hombres son parecidos, según creo.

—¡No, no! Hay, por cierto, grandes diferencias entre ellos —respondió suavemente el Mugger—. Unos son delgados como bicheros de bote. Otros son gordos, como cachorros de chac... digo, de perro. No quisiera yo hablar mal de los hombres, sin motivo. Los hay de muy diversas clases, pero los largos años que he vivido me han demostrado que, en general,

son muy buenos. Hombres, mujeres, finos...; no hallo nada que reprocharles. Y acuérdate, hijo, de que aquel que desprecia al mundo, será despreciado por el mundo.

—La adulación es peor que una lata vacía en el estómago. Pero lo que acabo de oír, es pura sabiduría dijo la grulla, bajando una de sus patas.

—Considera, no obstante, su ingratitud con quien es tan bueno —empezó a decir el chacal muy tiernamente.

—¡No, no, no son ingratos! —respondió el Mugger—. No piensan en los demás, eso es todo.

Pero yo he notado, mientras yazgo en mi puesto allá debajo del vado, que las escaleras del puente nuevo son terriblemente difíciles de subir tanto para los ancianos como para los niños. Los ancianos, por cierto, no son dignos de consideración; pero me apenan, me apenan verdaderamente los niños que están gordos. Pero creo que, a no tardar, cuando ya haya pasado esa novedad del puente, veremos a mis gentes chapoteando por el agua del vado como antes, valerosamente, con las morenas piernas desnudas. Entonces el viejo Mugger se verá honrado de nuevo.

—Pero ciertamente vi guirnaldas de caléndulas flotando esta misma tarde en el borde del Ghaut —dijo la grulla.

Las guirnaldas de caléndulas son muestra de veneración en toda la India.

—¡Error! ¡Error! Era la esposa del vendedor de confituras. Pierde la vista más y más cada año, y no puede distinguir entre un madero y yo... el Mugger del Ghaut. Vi la equivocación cuando arrojó la guirnalda, porque yo estaba echado al pie mismo del Ghaut, y, si hubiera dado un paso más, le hubiera demostrado la diferencia entre un leño y yo. Pero la intención era buena y hay que tener en cuenta el espíritu con que se hace la ofrenda.

—¿De qué sirven las guirnaldas de caléndulas cuando ya uno está en el estercolero? —dijo el chacal, cazando las pulgas que tenía pero sin quitar el ojo, con cierto aburrimiento, de su protector de los pobres.

—Cierto, pero aún no han empezado a hacer el estercolero al que iré a parar yo. Cinco veces he visto al río retroceder desde la aldea y dejar descubierta nueva tierra al pie de la calle. Cinco veces he visto reedificar la

aldea en las orillas y cinco veces más la veré reedificar. No soy un gavial inconstante que se dedica a coger peces, hoy en Kasi, mañana en Prayag, como dice el proverbio, sino el verdadero y constante vigilante del vado. Por algo, muchacho, la aldea lleva mi nombre, y "quien mucho vigila" como dicen, "obtendrá, al final, su recompensa".

—Yo he vigilado mucho... mucho..., casi toda mi vida, y mi premio sólo han sido mordiscos y cardenales —replicó el chacal.

—¡Jo, jo, jo! —se carcajeó la grulla... En agosto nació el chacal, en septiembre caen las lluvias; ¡No puedo recordar, dice, tan tremenda lluvia como ésta!

La grulla ayudante tiene una particularidad muy desagradable. En épocas que se producen con irregularidad, sufre de agudos ataques de hormigueos o calambres en las patas, y aunque la virtud de la resistencia sea mayor en ella que en cualquiera de las otras clases de grullas que, a pesar de todo, muestran gran impasibilidad, se echa a revolotear en salvajes danzas guerreras, que baila sobre una suerte de zancos torcidos, abriendo a medias las alas y moviendo su cabeza calva de arriba abajo; y en tanto hace esto, por motivos que ella sabrá, cuida mucho de que sus más fuertes ataques vayan acompañados de sus más acerbas críticas. Cuando pronunció la última palabra de su cantar, se cuadró de nuevo muy tiesa, diez veces más digna que nunca del nombre de Ayudante que llevaba.

El chacal retrocedió acobardado, aunque ya su edad le había permitido ver tres estaciones completas; pero no puede uno darse por ofendido y contestar un insulto que proviene de una persona que posee un pico de un metro de largo y el poder de clavarlo como una jabalina. La grulla era una reconocida cobarde, pero el chacal era aún peor que ella.

—Hay que vivir para aprender —dijo el Mugger—, y puede decirse esto: los chacales pequeños abundan mucho, hijo; pero un bocón como yo, es raro. Sin embargo, no me siento orgulloso de ello, porque el orgullo es destructivo; pero fíjate bien, esto es cosa del Hado, y contra el Hado nada debieran decir cuantos nadan, caminan o corren. Yo estoy contento del Hado. Con buena suerte, buen ojo y la costumbre de asegurarse de que está libre la salida antes de entrar en alguna cala o remanso, puede hacerse mucho.

—En una ocasión oí decir que incluso el protector de los pobres se había equivocado dijo el chacal maliciosamente.

—Es cierto, pero entonces vino en mi ayuda el Hado. Ello sucedió antes de que hubiera adquirido todo mi desarrollo. .. tres hambres antes de la última que hubo. (¡Por la margen izquierda y derecha del Ganges, cuánta corriente llevaban los ríos en aquella época!) Sí, yo era joven y atolondrado, y cuando vino la inundación, ¿quién estaba más contento que yo? Poca cosa bastaba entonces para que yo me sintiera feliz. La aldea estaba completamente inundada, y yo nadé por encima del Ghaut y fui tierra adentro hasta los campos de arroz que estaban llenos de barro. Me acuerdo también de un par de brazaletes que encontré aquella tarde, y que, por cierto, eran de cristal y no les hice ningún caso. Sí, brazaletes de cristal, y también encontré, si mi memoria no me falla, un zapato. Debiera haber sacudido aquellos dos zapatos, pero tenía mucha hambre. Más tarde aprendí a proceder mejor. Sí. Así pues, comí y descansé. Pero, cuando me disponía a regresar al río, la inundación había bajado de nivel y caminé por el barro de la calle principal. ¿Quién, si no yo, hubiera hecho eso? Acudió toda mi gente, sacerdotes, mujeres y niños, y yo los miré con benevolencia. No es buen lugar el barro para combatir bien. Uno de los barqueros dijo:

—Busquen hachas y mátenlo; es el Mugger del vado.

—No —dijo el Brahman—. Miren: se lleva por delante la inundación. Es el dios de la aldea.

Entonces me arrojaron gran cantidad de flores, y alguien tuvo el feliz pensamiento de poner una cabra en mitad del camino.

—¡Qué sabrosa... qué sabrosa es la cabra! dijo el chacal.

—Tiene muchos pelos... muchos pelos... y cuando la encuentra uno en el agua es más que probable que haya escondido dentro de ella un anzuelo en forma de cruz. Pero les acepté aquella cabra, y luego me fui hasta el Ghaut triunfalmente. Más tarde, el Hado hizo que cayera en mis manos el barquero que había querido cortarme la cola con el hacha. Su bote embarrancó en un banco de que no se acordarían ustedes aunque se lo mencionara.

—No todos somos aquí chacales —dijo la grulla—. ¿Era el banco que se

formó donde se hundieron los barcos que cargaban piedras, el año de la gran sequía.., un banco de arena muy largo que duró por espacio de tres inundaciones?

—Había dos —respondió el Mugger—; uno más arriba y otro más abajo.

—¡Ah, se me había olvidado! Los dividía un canal que más tarde se secó también —dijo la grulla que se sentía muy orgullosa de su buena memoria.

—En el banco de abajo encalló la barca del hombre que abrigaba tan buenas intenciones tocante a mi. Estaba durmiendo en la proa, y, medio despierto, saltó al agua que le daba hasta la cintura.. . no, hasta las rodillas, para empujar la embarcación, la cual, vacía, siguió adelante hasta tocar de nuevo en la tierra en el próximo recodo que la corriente formaba entonces. Yo seguía adelante también, porque sabía que vendrían más hombres para arrastrar el barco hasta la playa.

—¿Y vinieron? —dijo el chacal un tanto despavorido. Ésta era una cacería en una escala tal, que lo impresionaba.

—Acudieron hombres de allí y de más abajo. No seguí adelante; pero esto me permitió apoderarme de tres en un día.. . tres manjis (barqueros) muy gordos, y, a excepción del último (con el cual me descuidé un tanto), ni uno solo pudo gritar para advertir a los que se encontraban en la orilla del río.

—¡Ah! ¡Qué manera de cazar! ¡Pero cuánta habilidad y qué superior juicio reclama! —exclamó el chacal.

—Habilidad no, muchacho, sino sólo pensar un poco. Un poco de pensamiento es como la sal sobre el arroz, como dicen los barqueros, y yo siempre he pensado profundamente. Mi primo el gavial, el que come peces, me ha dicho cuán difícil es para él seguirlos, y cuánto difieren los unos de los otros, y cómo necesita él conocerlos a todos en conjunto y a cada uno por separado. Sabiduría digo yo que es esto; pero, por otra parte, mi primo, el gavial, vive entre su gente. Mi gente no nada en bandadas, con la boca fuera del agua, como lo hace Rewa; ni sale constantemente a la superficie, ni se vuelve de lado, como Mohoo y el diminuto Chaptá; ni se reúne en los bancos de arena después de una inundación, como Batchua y Chilva.

—Todos son deliciosos manjares dijo la grulla, dando un chasquido con el pico.

—Así dice mi primo, y hace una ocupación muy seria del cazarlos; pero ellos no se encaraman a los bancos de arena para eludir sus dientes. Mi gente es muy diferente.

Vive en la tierra, en casas, entre sus ganados. Yo necesito saber lo que hacen y lo que están a punto de hacer; y así, poniendo primero la trompa del elefante y luego la cola, reconstruyo, como dicen, al elefante entero. ¿Cuelga de una puerta una rama verde con un anillo de hierro? El viejo Mugger sabe que ha nacido un niño en aquella casa y que algún día vendrá al Ghaut a jugar. ¿Va a casarse una doncella? El viejo Mugger sabe esto, porque ve a los hombres ir y venir con regalos; y, por último, ella también acude al Ghaut para bañarse antes de la boda... y allí está él. ¿Ha cambiado el río su curso, y deja nuevas tierras donde antes sólo arena había? El Mugger sabe también esto.

—Bueno, ¿de qué sirve saber eso? —objetó el chacal—. El río ha cambiado de lugar hasta durante mi corta vida.

Los ríos de la India están casi siempre cambiando su curso y se desvían a veces hasta una media legua o más en una sola estación, inundando los campos de una de las orillas y esparciendo cieno fertilizante sobre la Otra.

—No hay conocimiento tan útil como éste —dijo el Mugger—, porque nuevas tierras significan nuevas pependencias. El Mugger lo sabe. ¡Oh! Lo sabe perfectamente. Cuando las aguas se retiran, se arrastra él por grietas tan estrechas que los hombres piensan que no son lo suficientemente anchas para que allí pueda esconderse un perro, y allí espera.

Luego aparece un labriego diciendo que plantará allí pepinos, y acullá melones, en la tierra nueva que el río le ha dado. Tantea el cieno excelente con los pies desnudos. A poco llega otro labriego diciendo que cultivará allí cebollas, zanahorias y caña de azúcar, en este y aquel sitio. Se acercan como botes que toman rumbo hacia el mismo punto, y mira cada quien al otro con unos ojos que parecen rodar bajo el enorme turbante azul. El viejo Mugger ve y oye. Llámense el uno al otro "hermano", y van a amojonar la nueva tierra. El Mugger corre detrás de ellos, a uno y otro lado, deslizándose, aplastado contra el suelo, por el lodo. ¡Ahora empiezan a disputar! ¡Se dicen palabras ásperas! ¡Se

arrancan los turbantes! Ahora enarbolan los garrotes, y, por último, cae uno de espaldas en el lodo, y el otro huye. Cuando regresa, la cuestión ha quedado ya zanjada, como da fe de ello el bambú herrado del vencido. Y sin embargo, nada le agradecen al Mugger. No; gritan: ¡un asesinato! Las familias pelean a garrotazos, veinte de cada bando. Mi gente es muy buena gente.. . jats de las montañas... malwais del Bêt.

Cuando pegan, no pegan por juego, y, cuando la lucha termina, el viejo Mugger espera allá lejos en el río, fuera de la vista de la aldea, detrás de las matas de kîkar que por allá hay. Entonces bajan mis jats de anchos hombros, ocho o nueve juntos, bajo la luz de las estrellas trayendo al muerto en una camilla. Son viejos de barbas canas y de voz tan profunda como la mía. Encienden un fuego (¡ah! ¡cómo conozco yo ese fuego!), tragan tabaco y formando círculo mueven la cabeza todos a la vez hacia adelante y hacia un lado, hacia el muerto que está en la orilla. Dicen que las leyes inglesas arreglarán aquello con la horca, y que pasará gran vergüenza la familia del matador al ver cómo lo cuelgan en el patio grande de la cárcel. Los amigos del muerto dicen: "¡Que lo cuelguen!, y empieza de nuevo la conversación... una, dos, veinte veces durante la noche interminable. Entonces, por último, dice uno: "La pelea fue limpia. Tomemos el dinero que nos ofrecen, un poco más de lo que nos ofrecen, y no digamos nada de lo sucedido."

Empiezan a regatear por el dinero, pues el muerto es un hombre robusto que ha dejado muchos hijos. Sin embargo, antes del amratvela (la salida del sol), lo queman un poco, como es la costumbre, y el muerto viene a parar a mí, y él ya no dirá nada del asunto. ¡Ah, hijos míos! El Mugger sabe... sabe muchas cosas... y los Malwah jats son buena gente.

—Tienen el puño demasiado apretado... son muy mezquinos para llenarme el buche —graznó la grulla—. No malgastan el lustre en los cuernos de una vaca, como dicen; y, veamos, ¿quién puede espigar después que ha pasado un Malwah?

—¡Ah! Yo... los espigo a ellos —replicó el Mugger.

—Pues bien: en Calcuta del Sur, en tiempos antiguos —siguió diciendo la grulla—, tiraban todo a la calle y nosotros podíamos escoger y revolverlo todo. ¡esos eran buenos tiempos! Pero ahora mantienen las calles tan limpias como la cáscara de un huevo, y mi gente huye. Ser limpio es una cosa; pero quitar el polvo, barrer y regar siete veces al día, aburre hasta a

los mismos dioses.

—Un día un chacal de las tierras bajas me contó que en Calcuta del Sur todos los chacales estaban tan gordos como nutrias en la estación de lluvias —dijo el chacal, y la boca se le hizo agua sólo de pensarlo.

—¡Ah! Pero allí están los de la cara blanca.. . los ingleses.., y ellos llevan consigo perros gordos que conducen de quién sabe dónde, río abajo, en unos barcos, los que cuidan de que esos chacales de que hablas estén flacos —repuso la grulla.

—¿Son, pues, de corazón tan duro como esa gente? Debí suponerlo. Ni la tierra, ni el cielo ni el agua son caritativos con el chacal. Yo vi las tiendas de uno de los de cara blanca durante la última estación, después de las lluvias, y además le cogí unas riendas nuevas, amarillas, para comérmelas. Los blancos no saben preparar bien las pieles.

Aquellas riendas me enfermaron.

—A mí me ocurrió algo peor —dijo la grulla—. Cuando no contaba yo más que tres estaciones, y era tan joven como atrevida, me fui al río, al lugar donde atracan los barcos grandes. Los barcos de los ingleses son de triple tamaño que el tamaño de esta aldea.

—Ha estado en Nueva Delhi... y quiere hacernos creer que la gente allí camina de cabeza —murmuró el chacal.

El Mugger abrió el ojo izquierdo y miró fijamente a la grulla.

—Es verdad —insistió la enorme ave—. Un embustero sólo miente cuando espera que le creerán. Nadie que no haya visto esos barcos podría creer esta verdad que digo.

—Eso es ya más razonable —observó el Mugger—. ¿Y qué más?

—De los costados de uno de esos barcos estaban sacando grandes pedazos de una materia blanca que, al cabo de poco rato, se convertía en agua. Buena parte de ella se desmenuzó, cayendo sobre la orilla, y el resto lo colocaron en una casa de gruesas paredes. Pero un barquero, que reía, cogió uno de aquellos trozos, no más grande que un perrillo, y me lo tiró. Yo... como todos los míos... trago sin reflexionar, de modo que tragué aquello según nuestra costumbre. Inmediatamente sentí un gran frío que,

empezando en el buche, me corría hasta la punta de los dedos, y me privé de hablar, en tanto que los barqueros se burlaban de mí. Nunca he sentido tanto frío. Por el dolor y al aturdimiento, bailé hasta que pude recobrar el aliento, y entonces bailé de nuevo, gritando contra la falsedad de este mundo, y los barqueros continuaban riéndose de mí hasta caerse al suelo. ¡Lo más maravilloso de todo, aparte aquel frío tan intenso, es que nada absolutamente había en mi buche cuando terminé mis lamentaciones!

La grulla había hecho todo lo posible para describir lo que había sentido después de tragarse un pedazo de hielo de siete libras, proveniente del lago de Wenham, traído de allí por un barco americano de los dedicados al transporte, antes de que Calcuta fabricara su hielo con máquinas; pero, como el ave no sabía lo que era el hielo, y como menos aún lo sabían el Mugger y el chacal, el cuento no produjo el efecto deseado.

—Cualquier cosa —dijo el Mugger, cerrando de nuevo su ojo izquierdo—, cualquier cosa es posible cuando procede de un barco que tiene tres veces el tamaño de Mugger—Ghaut.

Mi aldea no es una aldea pequeña.

Se oyó un silbido por encima del puente, y el tren correo de Delhi pasó por él, llenos de luz todos los coches y tras ellos las sombras a lo largo del río. Se hundió con estruendo a lo lejos en la oscuridad, pero el Mugger y el chacal ya estaban tan acostumbrados a esto que ni siquiera volvieron la cabeza.

—¿Acaso no es eso tan maravilloso como un barco de triple tamaño que Mugger—Ghaut? —dijo el ave mirando hacia arriba.

—Yo vi edificar eso, muchacho. Piedra por piedra vi elevarse los estribos del puente, y cuando los hombres se caían (generalmente eran maravillosamente diestros en no poner el pie en falso... pero, cuando se caían), allí estaba yo alerta. Después que el primer estribo estuvo hecho, ya nunca pensaron en ir corriente abajo en busca de los cadáveres para quemarlos. Y con esto me evitaron muchas molestias. No hubo, por lo demás, nada de extraño en la construcción del puente —concluyó el Mugger.

—Pero, ¿eso que pasa por encima de él, tirando de los carros techados? ¡Eso sí es extraño! —dijo la grulla.

—Es, sin duda, un buey de alguna nueva especie. Algún día perderá pisada y caerá del mismo modo que cayeron los hombres. El viejo Mugger estará también entonces alerta.

El chacal miró a la grulla, y ésta al chacal. Si había algo de que pudieran estar seguros más que de cualquiera otra cosa, era de que la máquina podía ser cualquier cosa menos un buey. El chacal la había observado muchas veces desde las matas de áloe que bordeaban la línea; y la grulla había visto locomotoras desde que la primera locomotora corrió en la India. Pero el Mugger no había visto la máquina más que desde abajo, y la cupulilla de bronce le parecía la especie de joroba de un buey.

—Sí; un buey de una nueva especie —repitió, pesando las palabras, el Mugger, como para persuadirse a sí mismo, y el chacal respondió:

—Ciertamente es un buey.

—Y también podría ser. .. —empezó a decir el Mugger con cierta aspereza.

—Cierto... cierto que sí —interrumpió el chacal, sin esperar a que el otro terminara.

—¿Qué? dijo el Mugger enojado, porque sentía que los demás sabían más que él—. ¿Qué podría ser? No había yo terminado de hablar. Tú dijiste que era un buey.

—Es cualquier cosa que el protector de los pobres quiera. Yo soy su servidor... y no el de esa cosa que atraviesa el río.

—Sea lo que fuere, es obra de los de cara blanca —dijo la grulla—, y por mi parte no quisiera yo echarme en un lugar que se halla tan cerca de eso, como este banco de arena.

—Tú no conoces a los ingleses como yo —dijo el Mugger—. Había aquí un cara blanca cuando construían el puente; y el blanco se metía muchas veces, a la caída de la tarde, en un bote, y golpeaba con los pies las tablas del fondo, murmurando: "¿Está aquí?

¿Está aquí? Traigan mi escopeta." Yo le oía aun antes de verle, oía cada ruido que producía, los crujidos, el resuello, cada golpecito dado en la escopeta, mientras iba río arriba y río abajo... Tan cierto como que yo le

había privado de uno de sus obreros, y con esto le hice ahorrar un gran gasto de leña que hubieran necesitado para quemarlo; tan cierto como esto era su constante empeño en venirse hasta el Ghaut, y gritar que me iba a matar, librando así al río de mi presencia... de la presencia del Mugger, de Mugger—Ghaut. ¡A mí! Hijos míos, yo nadé hora tras hora bajo la quilla de su bote, y oía cómo disparaba contra algunos leños; y cuando estaba yo bien seguro de que él estaba cansado, me levantaba junto a él y hacía castañear mis dientes frente a su cara. Cuando el puente estuvo terminado, se marchó. Todos los ingleses cazan de ese modo, excepto cuando son ellos los cazados.

—¿Quién caza a los de la cara blanca? —ladró el chacal excitado.

—Ahora, nadie; pero yo los cacé en mis buenos tiempos.

—Me acuerdo un poco de esa caza. Entonces era yo joven —dijo la grulla haciendo sonar su pico de modo significativo.

—Estaba yo aquí perfectamente establecido. Mi aldea era reedificada por tercera vez, según recuerdo, cuando mi primo, el gavial, me trajo noticias de ciertas aguas muy ricas más arriba de Benares. No quise ir al principio, porque mi primo, que sólo come peces, no siempre distingue lo bueno de lo malo; pero oí a mi gente hablar por las tardes, y lo que dijeron me decidió.

—¿Y qué fue lo que dijeron? —preguntó el chacal.

—Lo suficiente para que yo, el Mugger de Mugger—Ghaut, me saliera del agua y echara a andar. Partí de noche, sirviéndome hasta de los más pequeños arroyos según se me iban presentando; pero era entonces el principio del verano, y todos llevaban muy poca agua.

Crucé caminos llenos de polvo; atravesé altas matas de hierba; escalé colinas a la luz de la luna. Hasta trepé por las rocas, hijos míos... piensen bien en ello. Crucé el extremo del río Sirhind, el seco, antes de que pudiera encontrar la serie de afluentes que desembocan en el Ganges. Un mes de continuo viaje era preciso para regresar a donde se hallaba mi gente y el río que yo conocía. ¡Fue algo maravilloso!

—¿Y qué tal de comida durante el camino? —preguntó el chacal, que no tenía más alma que su estómago, y no estaba ni tantito impresionado por

los viajes del Mugger.

—Lo que encontraba, eso comía... primo —dijo el Mugger pausadamente, arrastrando cada palabra.

Ahora bien; no se le llama primo a nadie en la India a menos de que pueda uno llegar a establecer cierto parentesco con esa persona, y como sólo en los cuentos de hadas se casa un Mugger con un chacal, nuestro chacal comprendió por qué motivo se había visto de pronto elevado al círculo de la familia del Mugger. Si hubieran estado solos, no le hubiera importado; pero brillaron los ojos de la grulla al oír la pesada broma.

—Ciertamente, padre, debí haberlo supuesto —dijo el chacal—. A un Mugger no le gusta que lo llamen padre de ningún chacal, y el Mugger de Mugger—Ghaut respondió entonces tanto y mucho más de lo que sería discreto repetir aquí.

—El protector de los pobres fue quien me llamó pariente. ¿Cómo puedo yo acordarme del grado de parentela que hay entre nosotros? Además, comemos la misma clase de comida. Él lo dijo —respondió el chacal.

Esto agravó aún más las cosas, porque a lo que apuntaba el chacal era a indicar que el Mugger debía de haber devorado su comida fresca todos los días en aquella marcha a pie, en vez de guardarla junto a sí hasta que estuviera como él la necesitaba, como lo hacen todos los Mugger que se respetan algo, y también la mayor parte de las fieras, cuando pueden. A decir verdad, uno de los peores insultos que pueden dirigirse en el cauce del río los animales, es tildarse de "devoradores de carne fresca". Esto es casi tan malo como llamar caníbal a un hombre.

—Aquella carne fue comida hace treinta estaciones —dijo tranquilamente la grulla—. Aunque habláramos durante treinta estaciones más, nunca la volveríamos a ver.

Cuéntanos ahora qué ocurrió cuando llegaste a aquellas aguas tan buenas, después de tu maravilloso viaje por tierra. Si escucháramos el aullido de cada chacal, los negocios de la ciudad se paralizarían, como dice el proloquio.

El Mugger debió agradecer la interrupción, porque prosiguió precipitadamente:

—¡Por la margen izquierda y derecha del Ganges! ¡Cuando llegué allá, nunca había visto aguas como aquéllas!

—¿Eran mejores, entonces, que la gran inundación de la última estación?
—preguntó el chacal.

—¡Mucho mejores! Esa inundación sólo fue lo que ocurre cada cinco años., un puñado de forasteros ahogados, unas cuantas gallinas, un buey muerto en el agua lodosa, gracias a las corrientes cruzadas. Pero en la estación de que me acuerdo ahora, el río estaba bajo, el agua corría mansa, igual siempre, y como me lo había advertido el gavial, los ingleses bajaban por ella tocando uno con otro. En aquella estación engordé y crecí.

Desde Agra, cerca de Etawah y del lugar en que la corriente se ensancha, no muy lejos de Allahabad.

—¡Oh! ¡Qué remolino se formó bajo los muros del fuerte de Allahabad!...
—dijo la grulla—.

Acudieron allí como los patos a los juncales, y bailaban dando vueltas... así.

Empezó otra vez su horrible danza, mientras el chacal la miraba con envidia. Él no se acordaba naturalmente del terrible año de la insurrección. El Mugger continuó:

—Sí; cerca de Allahabad, uno se tendía quieto en el agua mansa, y dejaba que pasaran veinte cuerpos para escoger uno. Y sobre todo, los ingleses no iban llenos de joyas y anillos en la nariz y en los tobillos, como mis mujeres acostumbran hoy. El que gusta mucho de adornos, acaba con una cuerda al cuello como collar, como dice el refrán.

Todos los cocodrilos que había en todos los ríos engordaron entonces; pero quiso mi Hado que yo engordara más que ninguno. Las noticias que corrían era que se cazaba a los ingleses arrojándolos a los ríos, y, ¡por las dos orillas del Ganges! nosotros estábamos seguros de ello. Así lo creí durante todo el tiempo que fui en dirección al Sur; llegué allá siguiendo la corriente hasta más allá de Monghyr y de las tumbas que dominan el río.

—Conozco ese sitio —dijo la grulla—. Desde aquellos días, Monghyr es una ciudad abandonada. Pocos viven allí ahora.

—Después de esto, me fui corriente arriba despacio, perezosamente, y un poco más allá de Monghyr encontré un bote lleno de blancos... ¡todos vivos! Eran, me acuerdo bien, mujeres, que yacían bajo una tela sostenida por palos, y lloraban a gritos. No nos disparaba entonces nadie ni un tiro: éramos los únicos guardianes de los vados en aquellos tiempos. Todas las armas de fuego estaban ocupadas en otra parte. Las escuchábamos día y noche tierra adentro; el estruendo iba y venía según a donde soplara el viento. Me levanté por completo frente al bote, porque nunca había visto caras blancas vivas, aunque bien los conocía, por otra parte. Un niño blanco desnudo, estaba de rodillas en uno de los costados del bote, e, inclinándose, se le antojó arrastrar las manos por las aguas del río. Es hermoso ver cómo juega un niño con el agua que corre.

Yo había comido ya aquel día; pero todavía en mi estómago había un rinconcito vacío.

Sin embargo, más por juego que por comer, me levanté hasta casi tocar las manos del niño. Ofrecían un blanco tan fácil que ni siquiera las miré cuando cerré las mandíbulas; pero eran tan pequeñas que, aunque cerré las quijadas debidamente —estoy seguro de ello—, el niño las retiró con rapidez sin recibir en ellas el menor daño. Seguramente pasaron por el espacio que media entre un diente y otro... aquellas pequeñas manos blancas. Hubiera podido entonces asirlo por los codos, pero, como dije, me había acercado allí sólo por juego y por el deseo de ver cosas nuevas. Gritaron uno tras otro los que iban en el bote, y luego de unos momentos me levanté de nuevo para observarlos. El barco estaba demasiado pesado para hacerlo zozobrar. Iban en él sólo mujeres, pero quien se fía de una mujer, es como si caminara sobre hierbas que ocultan una laguna, como dice el proverbio, y... ¡por las dos márgenes del Ganges!, eso es verdad.

—En una ocasión una mujer me dio una piel seca, como si fuera pescado —observó el chacal—. Desde entonces, espero poder apoderarme de su niño; pero más vale comer carne de caballo que recibir de él una coz, como dice el proverbio. ¿Qué hicieron las mujeres?

—Me dispararon una arma muy corta, de una clase que nunca antes había visto y que no he vuelto a ver. Me dispararon cinco veces, una tras otra (el Mugger debió habérselas con algún antiguo revólver); yo me quedé con la boca abierta, bostezando, con una nube de humo en torno de mi cabeza. Nunca vi cosa igual. ¡Cinco veces, y tan rápidamente como cuando nuevo

la cola... ¡así!

El chacal, que se sentía cada vez más interesado por el relato, apenas si tuvo tiempo de brincar hacia atrás en el momento mismo en que la cola cortaba el aire como una guadaña.

—Hasta que sonó el quinto disparo —prosiguió el Mugger, como si jamás hubiera pensado en causarle daño a sus oyentes—, hasta que sonó el quinto disparo me hundí en el agua, y torné a salir de ella en el momento preciso en que un barquero les decía a aquellas mujeres blancas que sin duda había quedado yo muerto. Una de las balas se me había incrustado en el cuello. No sé si todavía estará allí, porque no puedo volver la cabeza.

Ven y mira tú, muchacho. Quiero demostrar que mi historia es verídica.

—¿Yo? —dijo el chacal—. ¿Quien come zapatos viejos y rompe huesos para comer puede dudar de la palabra del que es la envidia del río? ¡Que mi cola sea engullida por cachorrillos ciegos si la sombra de ese pensamiento me ha pasado por la cabeza! El protector de los pobres se ha dignado contarme a mí, su esclavo, que una vez en su vida fue herido por una mujer. Con esto basta, y les contaré el cuento a todos mis hijos, sin pedir pruebas de él.

—La excesiva urbanidad es a veces tan mala como la descortesía excesiva, porque, como dice el proverbio, hasta con requesones puede ahogarse a un invitado. No deseo que ningún hijo tuyo sepa que el Mugger de Mugger—Ghaut recibió de una mujer la única herida que ha recibido en su vida. Tus hijos tendrán que pensar en muchas otras cosas, para procurarse la comida por tan tristes medios como los que emplea su padre.

—¡Olvidado está, y desde hace mucho tiempo! ¡Nunca dije tal cosa! ¡Jamás existió ninguna mujer blanca! ¡Nunca hubo barco alguno! ¡Nunca ocurrió nada!

El chacal movió la cola, como si barriera el suelo, para mostrar cuán totalmente quedaba todo borrado de su memoria, y sentó con aire de suficiencia.

—Ciertamente sucedieron muchas cosas, continuó el Mugger, derrotado por segunda vez, al querer llevarle ventaja a su amigo. (Ninguno de ellos, sin embargo, tenía mala intención. Comer y ser comido eran cosa

completamente legal en toda la extensión del río, y el chacal se encontraba allí para recoger las sobras cuando el Mugger hubiera terminado su comida.)

—Abandoné aquel bote —prosiguió—, y me fui corriente arriba, y, cuando llegué a Arrah y a las aguas situadas detrás, no hallé más ingleses muertos. El río estuvo vacío durante cierto tiempo. Luego llegaron uno o dos cadáveres con chaquetas de color rojo; pero no ingleses, sino todos de una misma clase —del Indostán y Purbeahs—. Después, cinco o seis de frente, y, por último, desde Arrah hasta el Norte, más allá de Agra, parecía como si se hubieran arrojado al agua pueblos enteros. Salían de las calas uno tras otro, como bajan los maderos en la época de las lluvias; cuando se levantaba el río, también ellos se levantaban, en compañías enteras, de los bancos de arena en que habían estado reposando. Luego, al bajar el agua de la corriente, los arrastraba al través de los campos y de la tierra virgen, por los largos cabellos. Toda la noche, así mismo, yendo hacia el Norte, escuché disparos de armas de fuego, y durante el día el rumor de pies calzados que atravesaban los vados, o el que producen las ruedas de un pesado carro al rodar sobre la arena por debajo del agua; y cada ola traía nuevos cadáveres. Al fin, hasta yo mismo sentí miedo, porque dije: "Si esto les ocurre a los hombres, ¿cómo podrá salvarse el Mugger de Mugger—Ghaut?" También había barcos que venían detrás de mí, corriente arriba, ardiendo continuamente, como arden a veces las embarcaciones que llevan algodón, pero sin jamás hundirse.

—¡Ah! —dijo la grulla—; barcos como los que van a Calcuta del Sur. Son altos y negros, con una cola que golpea el agua por detrás, y...

—Y son tres veces tan grandes como mi aldea. Mis barcos eran bajos y blancos; golpeaban el agua a cada lado, y no eran más grandes que los botes de quien habla sujetándose a la verdad. Me dieron mucho miedo, por lo que abandoné aquellas aguas y me vine a este cauce mío, ocultándome de día y caminando de noche, cuando no podía encontrar arroyos que me ayudaran. Me volví a mi aldea, pero no esperaba ver en ella a ninguno de los de mi gente. Sin embargo, aquí estaban, arando, sembrando y segando luego las mieses; iban de un lado al otro tan tranquilamente como sus ganados.

—¿Y había aún buena comida en el río? —dijo el chacal.

—Más de la que yo hubiera deseado. Incluso —y eso que yo no como

barro—, incluso estaba cansado, y, por lo que recuerdo, un tanto asustado de aquel constante bajar por el río gente silenciosa. A los de mi aldea les oí decir que todos los ingleses habían muerto; pero los que llegaban, boca abajo, con la corriente, no eran ingleses, según pudo ver mi gente. Entonces mi gente dijo que lo mejor era no decir nada, sino pagar la contribución y arar la tierra. Después de mucho tiempo, el río quedó limpio de cadáveres, y los que por él bajaban eran sin duda ahogados procedentes de las inundaciones, como podía verlo yo claramente; y aunque entonces no era fácil procurarse comida, me alegraba cordialmente de ello. Un poco de matanza aquí y allá, no es malo..., pero hasta el Mugger puede algunas veces hartarse, como dice el proverbio.

—¡Maravilloso! ¡Verdaderamente maravilloso! —dijo el chacal—. Yo he engordado ya, nada más de tanto oír hablar de comer. Y después de esto, ¿qué cosa, si se me permite preguntarlo, hizo el protector de los pobres?

—Me dije a mí mismo —y por las dos orillas del Ganges, que me mantuve firme en mi juramento—, me dije a mí mismo que nunca más vagabundearía de aquel modo. Así pues, he vivido junto al Ghaut, muy cerca de mi gente, y los he vigilado año tras año, y ellos me quieren tanto, que hasta me arrojaban guirnaldas de caléndulas cada vez que me veían levantar la cabeza del agua. Sí, mi Hado ha sido muy bueno conmigo, y el río es lo suficientemente bueno para respetar mi presencia, débil y enfermo como estoy; sólo que...

—Nadie es feliz por entero, desde el pico hasta la cola —dijo la grulla con simpatía—. ¿Qué más necesita el Mugger de Mugger—Ghaut?

—Aquel niño tan pequeño y tan blanco del que no me apoderé —dijo el Mugger, con un profundo suspiro—. Era muy pequeño, pero no lo he olvidado. Ahora estoy viejo, pero antes de morir quisiera probar algo nuevo. Es verdad que ellos son gente de pies pesados, y medio locos, y poco juego sería el cazarlos, pero todavía me acuerdo de aquellos tiempos que pasé algo más lejos de Benares, y si el niño vive, él también aún se acordará. Es posible que pasee por la orilla de algún río diciendo cómo una vez pasó las manos por entre los dientes del Mugger de Mugger—Ghaut, y quedó vivo para narrar el cuento. Mi Hado ha sido muy bueno conmigo; pero a veces, en sueños, me molesta eso... el pensamiento de aquel niño blanco que iba en el bote.

Bostezó y cerró las quijadas.

—Y ahora voy a descansar y a pensar —prosiguió—. Guardad silencio, hijos míos, y respetad a los ancianos.

Se volvió con dificultad y se arrastró hasta lo alto del banco de arena, en tanto que el chacal se retiraba con la grulla para refugiarse detrás de un árbol que se había detenido en el río, en el extremo más cercano del puente del ferrocarril.

—Ésa ha sido una vida agradable y provechosa —dijo aquél sardónicamente, mirando con expresión interrogante al ave que lo dominaba desde su altura—. Y fíjate que ni una sola vez creyó oportuno decirme dónde podría encontrar un bocado en algún banco de arena.

Y sin embargo, yo le he señalado cien veces muchas buenas cosas que estaban en el barro, corriente abajo. ¡Qué cierto es el proverbio que dice: "todo mundo ignora al chacal y al barbero una vez que por ellos se han sabido las noticias!" Ahora se va a dormir. ¡Aarh!

—¿Y cómo puede cazar un chacal junto con un cocodrilo? dijo fríamente la grulla—. Un ladronazo y un ladronzuelo; fácil sería adivinar quién se llevaría los mejores bocados.

El chacal se volvió gimiendo de impaciencia, y se iba a enroscar bajo el tronco de un árbol, cuando de pronto se acurrucó y se puso a mirar, al través de las ramas, hacia el puente que estaba casi encima de su cabeza.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó la grulla, abriendo las alas, algo inquieta.

—Espera un poco y lo veremos. El viento sopla de nosotros hacia ellos, pero no nos buscan a nosotros.., esos dos hombres.

—¿Hombres son? Mi oficio me protege. En toda la India se sabe que soy sagrada.

La grulla, que es allí un excelente basurero, se mete por donde le place, y por eso la nuestra nunca se acobardaba.

—No valgo la pena para que me den más golpes que el que puede dar un zapato viejo —dijo el chacal, escuchando de nuevo—. ¿Oyes esos pasos? No es ruido de zapatos de campesinos; es calzado de un pie de blanco.

¡Escucha otra vez! ¡Roce de hierro contra hierro! ¡Es una escopeta! Amiga, esos locos ingleses de pies pesados han venido a hablar con el Mugger.

—Adviértese, pues. Hace un rato fue llamado protector de los pobres por un cierto chacal hambriento.

—Deja que mi primo proteja él mismo su piel. Me ha dicho mil veces que nada hay que temer de los caras blancas. Éstos deben ser caras blancas. Ninguno de los aldeanos de Mugger—Ghaut se atrevería a perseguirlo. ¿Ves? ¡Ya dije yo que era una escopeta!

Ahora, con un poco de suerte, tendremos alimento antes de que apunte el día. Él no oye bien fuera del agua, y... ¡en esta ocasión no tendrá que habérselas con una mujer!

Durante un momento brilló el cañón de una escopeta sobre las traviesas del puente. El Mugger estaba echado en el banco de arena, tan quieto como su propia sombra, un poco abiertas las patas delanteras, la cabeza caída entre ellas, roncando como un... cocodrilo.

Sobre el puente murmuró una voz:

—El tiro resulta un poco raro, casi en dirección perpendicular; pero tan seguro como capital invertido en casas. Lo mejor es apuntarle al cuello. ¡Caramba! ¡Qué enorme animal! Los aldeanos se pondrán furiosos si lo matamos. Como que es el deota, el dios de estos lugares.

—Me importa un rábano —respondió otra voz—. Me quitó unos quince de mis mejores coolies mientras se construía el puente, y ya es hora de acabar con él. Lo he perseguido en bote durante semanas enteras. Prepare el "martini" para cuando le haya disparado yo los dos cañones de mi escopeta.

—Cuidado, pues, con el culatazo. No es broma un doble disparo de calibre cuatro.

—Eso habrá de decirlo él. ¡Allá va!

Se oyó un estruendo como el producido por un cañón de pequeñas dimensiones (las mayores escopetas para la caza de elefantes no se diferencian mucho de una pequeña pieza de artillería) y una doble llamarada, seguido todo esto de la detonación seca y penetrante de un

"martini", cuya larga bala penetra sin dificultad por las gruesas placas de un cocodrilo. Pero las balas explosivas habían hecho ya el trabajo. Una de ellas dio exactamente detrás del cuello, un poco hacia la izquierda de la espina dorsal; la otra estalló más abajo, donde empieza la cola. En el noventa y nueve por ciento de los casos puede un cocodrilo mortalmente herido arrastrarse hasta el agua, en los lugares de cierta profundidad, escapando así. Pero el Mugger de Mugger—Ghaut había quedado literalmente roto en tres pedazos. Apenas sí movió la cabeza antes de morir, y yacía tan aplanado en el suelo como el chacal.

—¡Rayos y truenos! ¡Rayos y truenos! —dijo el miserable animalejo—. ¿Aquella cosa que arrastra por el puente los carros cubiertos se ha venido abajo por fin?

—No es sino una escopeta —dijo la grulla, aunque las plumas de la cola le temblaban—. Es sólo una escopeta. Ciertamente está muerto. Ahí vienen los blancos.

Los dos ingleses se habían apresurado a bajar del puente y a cruzar el banco de arena, y allí se detuvieron a admirar la longitud del Mugger. Entonces un indígena que portaba un hacha cortó la enorme cabeza y cuatro hombres la arrastraron por la lengua de tierra que allí había.

—La última vez que tuve mi mano en la boca de un cocodrilo —dijo uno de los ingleses, agachándose (era el que había dirigido la construcción del puente)—, fue cuando yo tenía cinco años de edad, bajando en bote por el río, hacia Monghyr. Yo era uno de los niños "del tiempo de la insurrección", como les llaman. Mi pobre madre estaba también en el bote, y ella con frecuencia me refirió que había disparado con un revólver a la cabeza del animal.

—¡Vaya! Ciertamente se ha vengado usted en el jefe de toda la familia... aunque el culatazo le hizo arrojar usted sangre por la nariz ¡Eh, barqueros! Arrastren la cabeza fuera de aquí; la herviremos para conservar la calavera. La piel está demasiado agujereada para conservarla. ¡A dormir, ahora! Valía la pena haber permanecido levantados durante toda la noche, ¿verdad?

Cosa curiosa: el chacal y la grulla hicieron la mismísima observación, dos o tres minutos después que se fueron los hombres.

La canción de la ola

La corriente cruzó un día,
por el vado, una doncella;
el sol ya se ponía;
la ola, enamorada, fue
a besar su mano bella.
Y le habló de esta manera:
—Espera, niña, espera,
que soy la muerte.
—Iré a donde amor me invita,
vergüenza me daría que aguardara;
pez que en el mar se agita,
no esperará, si llego tarde.
—Pie leve, corazón hermoso
espera el cargado bote.
"Espera, espera, niña,
espera, que soy la muerte."
—Me apresuro si amor me llama,
que desdén nunca se casa.
A su talle ligero ya llega
el agua que pasa.
Fiel y bella loquilla,
nunca tocará su pie la orilla;
la onda rueda lejos,
con sangrientos reflejos.

Rudyard Kipling



Joseph Rudyard Kipling (Bombay, India Británica, 30 de diciembre de 1865 - Londres, Gran Bretaña, 18 de enero de 1936) fue un escritor y poeta británico. Autor de relatos, cuentos infantiles, novelas y poesía. Se le recuerda por sus relatos y poemas sobre los soldados británicos en la India y la defensa del imperialismo occidental, así como por sus cuentos infantiles.

Algunas de sus obras más populares son la colección de relatos The

Jungle Book (El libro de la selva, 1894), la novela de espionaje Kim (1901), el relato corto «The Man Who Would Be King» («El hombre que pudo ser rey», 1888), publicado originalmente en el volumen The Phantom Rickshaw, o los poemas «Gunga Din» (1892) e «If»— (traducido al castellano como «Si...», 1895). Además varias de sus obras han sido llevadas al cine.

En su época fue respetado como poeta y se le ofreció el premio nacional de poesía Poet Laureat en 1895 (poeta laureado), la Orden de Mérito del Reino Unido y el título de Sir como Caballero de la Orden del Imperio Británico en tres ocasiones, honores que rechazó. Sin embargo, aceptó el Premio Nobel de Literatura de 1907, el primer escritor británico en recibir este galardón, y el ganador del premio Nobel de Literatura más joven hasta la fecha.